

Su cuerpo yace en el claustro de la catedral

Avila rindió una emocionada despedida a Claudio Sánchez Albornoz

AVILA. Colpisa.

Los restos mortales de Claudio Sánchez Albornoz reposan desde ayer en la iglesia catedral de Avila, cumpliéndose así el propio deseo expresado por el historiador en los últimos años de su vida. El obispo de Avila, Felipe Fernández García, así lo ha recordado en la homilía del funeral de «corpore insepulto» celebrado a las 12,15 del mediodía en la misma catedral, y presidido por el presidente del Gobierno, Felipe González, y los ministros de Cultura, Javier Solana, y de Educación, José María Maravall. Otras autoridades, de la Comunidad Autónoma de Castilla-León, militares, del mundo de las ciencias y las letras, así como el ex-presidente Adolfo Suárez y centenares de abulenses, han acompañado a la familia Sánchez Albornoz en el último adiós dedicado a don Claudio.

Durante toda la noche anterior los tres hijos del historiador, sus nietos y sobrinos, han velado el cadáver en la capilla ardiente instalada en el Gobierno Civil, y que fue visitada durante toda la mañana de ayer por decenas de personas. A las 11,30 el cortejo fúnebre partió del Gobierno Civil hacia la catedral, con parada en la Plaza de Santa Teresa, frente a la iglesia de San Pedro, para cumplir otro deseo del difunto: que las campanas de San Pedro doblasen a muerte.

Tras el solemne funeral tuvo lugar el entierro en el claustro de la catedral. Bajo un arco gótico fue introducido el ataúd en la sepultura y fue el propio hijo del historiador, Nicolás, quien echó la primera palada de arena. A continuación lo hizo Felipe González y el resto de los familiares.

Los historiadores en la capilla ardiente

Por la capilla ardiente de don Claudio Sánchez Albornoz, amortajado con la toga y el birrete de doctor de la Universidad Complutense, desfilaron decenas de personas durante la mañana. La familia, que veló durante toda la noche el cadáver, recibió los pésames del ex-presidente del Gobierno Adolfo Suárez; del presidente de la Comunidad Autónoma de Castilla-León, Demetrio Madrid, y del consejero de Cultura de esta comunidad, del presidente de las Cortes de Castilla y León, de Carlos Robles Piquer y de personalidades del

mundo de la cultura como Amador Schulerz, rector de la Universidad Complutense; Fernández Chueca, presidente del Instituto de España, y de la Mesa de la Academia de la Historia con su director al frente, Diego Angulo. «Don Claudio —dijo este último— es una de las figuras más relevantes que ha tenido la historia. Ha recorrido Castilla para ver archivos documentales que antes no se consideraban de primer orden, para conocer así mejor las instituciones. Como catedrático —añadió— ha creado una escuela cuyos componentes siguen sus mismos métodos de investigación histórica».

Adolfo Suárez, por su parte, ha expresado su dolor por la muerte del historiador, con quien tuvo una relación muy intensa —según ha dicho— en los últimos años.

Aunque hoy no ha sido declarado día de luto oficial en Avila, las banderas ondean a media asta, y los centros oficiales han cerrado durante dos horas, de once a una, para que sus empleados pudieran asistir a las honras fúnebres.

El cortejo

A las doce y diez minutos del mediodía fue sacado el ataúd del Gobierno Civil e introducido en un furgón sobre el que se posaba la corona de flores enviada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Tres coches repletos de coronas de flores y el furgón fúnebre transportando los restos mortales del historiador, inicia-



El presidente del Gobierno acudió a despedir los restos del célebre historiador

ron la marcha y tras ellos caminaban la familia y las autoridades locales, amén de numerosos amigos.

Cientos de abulenses se asomaron a las calles para ver pasar el cortejo y decir el último adiós a don Claudio.

Frente a la iglesia de San Pedro, que fue parroquia de Claudio Sánchez Albornoz, situada en la Plaza de Santa Teresa, en una de

cuyas casas nació, fue sacado el ataúd del furgón y levantado a hombros por los sobrinos y nietos del ilustre historiador. Desde allí, el féretro fue transportado a hombros, y a su paso la gente que permanecía en las aceras aplaudía y se santiguaba. Uno de los nietos, visiblemente emocionado, no pudo contener en un momento dado las lágrimas.

En la catedral esperaban ya desde hacía algunos minutos el presidente del Gobierno, Felipe González, que llegó a Avila en helicóptero, y los ministros Maravall y Solana.

A las 12,15 entró el féretro en la iglesia, abarrotada de fieles.

Un hombre de fe

El obispo de Avila, que ofició la ceremonia religiosa, monseñor Fernández García, destacó en su homilía las cualidades humanas y religiosas de don Claudio Sánchez Albornoz. «Estamos aquí reunidos —dijo— para despedir a Claudio Sánchez Albornoz en un clima de respeto y reconocimiento de todos y de fe y oración por parte de los que nos sentimos cristianos. En ese clima de oración vivió y murió don Claudio, y lo dejó transmitir durante su enfermedad en numerosas ocasiones». Según recordó el oficiante, en una de sus visitas al historiador cuando ya se hallaba postrado en cama, muy enfermo, éste le dijo: «Señor obispo, pido a Dios que me perdone mis pecados y que me llame con El porque aquí ya no hago nada».

Emoción en el entierro

Era aproximadamente la 1,30 de la tarde cuando el féretro después fue trasladado al claustro para, momentos recibir sepultura bajo un arco gótico, recientemente descubierto. El único hijo varón de don Claudio, Nicolás Sánchez Albornoz, y uno de los nietos del historiador, también llamado Claudio (que fue quien más tiempo pasó en Argentina con su abuelo), se fundieron en un emocionado abrazo. También estaba llorando Adoración, la mujer que compartió los últimos años de la vida de don Claudio.

Nicolás Sánchez Albornoz echó la primera palada de tierra sobre el féretro de su padre, y Felipe González lo hizo a continuación, seguido de otros miembros de la familia. Terminada la ceremonia, cuando las autoridades marcharon ya, muchos abulenses se acercaron a la sepultura para decir un último adiós emocionado al viejo historiador que vino a morir a España.

Un último recuerdo de Sánchez Albornoz

El pasado mes le fue concedido el premio Príncipe de Asturias de «Comunicación y Humanidades» al recientemente fallecido Claudio Sánchez Albornoz. Fue un motivo para una visita a tan singular persona que con más de 90 años aún jadeaba que vivía, no sabía cuánto iba a durar pero sí que tenía memoria y que recordaba Valladolid como «una ciudad muy buena para salir de ella, porque tenía muchos trenes». Pocos amigos recordaba de la ciudad, algún profesor del corto tiempo que pasó por nuestra Universidad desde donde dio alcance a la cátedra que le esperaba en Madrid.

De la última visita en 1976 le quedaba el recuerdo de unos fuertes dolores que le produjeron los mareos y una lipotimia, precipitándole la marcha con poco sabor para todos. Su memoria se mantenía más fiel que la voz, que difícilmente podía articular, y solamente su más íntima compañera podía entenderle y transmitir a los demás lo que trataba de decir.

En una habitación individual de la Residencia Sanitaria de la Seguridad Social «Nuestra Señora de Sonsoles», de Avila, en la planta séptima y con unas ventanas que daban al vacío cortado por una serie de fotografías del Papa y de la Virgen, ha pasado su último año de vida Claudio Sánchez Albornoz. Entre sus inmediatos recuerdos estaba el premio concedido y el orgullo de haberlo recibido en vida. El amaba la vida pero sabía que le quedaba poco tiempo. Su debilidad y el constante goteo de suero que ingería por la nariz no le dejaban olvidar su corta existencia física de la que presumía por haber alcanzado tantos años y con tantas vicisitudes. De su época de ministro de la República y del exilio era un bloque total el que tenía y no le apetecía su recuerdo.

Pensaba lo que se decía en su tierra, recordando Argentina, y lo expresaba como ese hombre que ha venido a encontrarse con sus orígenes, pero

que ha dejado toda su vida allá. Y añadía que a nadie le disgusta un almuerzo, expresión que aceptaba con la máxima resignación el ser galardonado y con el orgullo de poder mostrar múltiples telegramas de felicitación: «Tengo uno del Príncipe Felipe, de Oviedo han llegado bastantes, de personalidades del Gobierno también, pero ninguno de Valladolid».

El no rechazaba su pasado y el del país, pero su agotamiento se multiplicaba en segundos y, como su familia había avisado, cuando se cansa su norma es echar a las visitas. Tras repetir que su compañera era de Valladolid y que se acordaba de su juventud cuando alguien le traía recuerdos lejanos, ofreció por debajo de la sábana su mano como saludo y como despedida con un susurro, «ya no tengo más que decir, váyase», se terminó la corta conversación de un domingo en una tarde soleada de Avila, que se mostraba paralela espacialmente con la historia.



El cuerpo de Claudio Sánchez Albornoz fue velado por sus familiares